

Conductismo

Juan B. Fuentes

Universidad Complutense de Madrid

Si nos acercamos a la bibliografía que se viene publicando en los medios académicos psicológicos (sobre todo en los norteamericanos y en los que reciben su influencia) desde aproximadamente los años 60 hasta hoy, nos encontraremos con que, al menos en una amplia franja de dichas publicaciones, se viene decretando la «muerte del conductismo» como un «paradigma» ya obsoleto que, al parecer, habría quedado «superado» por el nuevo «paradigma emergente» de la psicología cognitiva del procesamiento de la información. En efecto, la amplia difusión académica que está teniendo la llamada «metáfora del ordenador», esto es, el supuesto heurístico de que lamente humana funciona de un modo análogo a como los ordenadores codifican, procesan, almacenan, recuperan y utilizan sus unidades de información, en alianza con algunos retazos de la nueva filosofía postpositivista de la ciencia -y en especial de la teoría kuhniana de los paradigmas-, parecen haber firmado el acta de defunción de la psicología conductista.

Muy brevemente esquematizada, la historia que se nos cuenta sería esta: El presunto «paradigma» conductista habría adoptado un modelo de factura positivista del método científico cuyas estrecheces y limitaciones positivistas habrían impuesto sobre el objeto o campo de estudio psicológico una restricción fiscalista que habría expulsado de dicho campo precisamente a los fenómenos más característicamente psicológicos (a los eventos mentales). Por su parte, el nuevo presunto «paradigma» cognitivista, liberado del corsé metodológico positivista (y simplemente asistido por las «reglas generales del método científico» que, por lo que se ve, anda hoy día mucho más flexibilizado gracias a la nueva filosofía postpositivista de la ciencia) se permitiría recuperar el ámbito de lo mental como objeto de conocimiento psicológico, entendido en particular según dicta la metáfora del ordenador.

Puede, sin embargo, que esta versión, tan lineal, ande un tanto equivocada, y que, entre otras cosas, la psicología conductista -en particular, la práctica científica psicológica puesta en juego por los conductistas- siga siendo hoy un «muerto viviente» que goza de excelente salud, como no podía ser de otro modo.

Puede, en efecto, que lo que falle de estas versiones metacientíficas e históricas que tan frecuentes son últimamente en la psicología, sea el punto de vista epistemológico en el que se sitúen, un punto de vista que, según lo entiendo, se limita a sobrevolar el rasante de la efectiva práctica científica y sólo percibe las representaciones metacientíficas o filosóficas que acompañan a dicha práctica.

Como se analiza con algún detalle en el artículo Epistemología, tanto la filosofía postpositivista de la ciencia (y la kuhniana, desde luego), como el positivismo lógico, asumen una concepción idealista de la ciencia como consecuencia de su común factura analítica, o sea, en virtud de su pretensión de confinar las cuestiones epistemológicas a meros análisis metalingüísticos del lenguaje. Una mínima consideración de dichas características nos será imprescindible para abordar críticamente las versiones metacientíficas sobre el conductismo que son tan frecuentes últimamente en los medios psicológicos.

Muy brevemente esbozado, el mecanismo que subyace el transfondo idealista común a estas epistemologías sería éste: ambas perciben a las ciencias solamente como discursos que hablan acerca de la realidad, de manera que confinan -en principio- el análisis epistemológico al análisis metalingüístico de dichos discursos o lenguajes. Ahora bien, en la medida en que necesitan conferir alcance epistemológico a sus análisis metalingüísticos (como para que éstos se presenten, no ya como siendo sólo meros ejercicios técnicos de análisis de los conocimientos de la ciencia), ambas epistemologías necesitan, inevitablemente, acoplar ciertos presupuestos relativos a la práctica científica que, al ser extraproposicionales, resultan a la postre indiscernibles desde el modelo meramente metalingüístico de análisis que asumen. El transfondo idealista de esta manera de concebir las cosas radica en que a la práctica se la acaba percibiendo, tácitamente, como suerte de duplicado dócil del modelo metalingüístico que se asume (como si la práctica reduplicara, por añadidura, el modelo, que sólo lo es del lenguaje en cuanto que metalingüístico, del que partimos): y es el caso que es dicha supuesta re-producción o reduplicación la que resulta indiscernible, no racionalizable y por ello arbitraria desde la sola posibilidad de análisis metalingüístico en la que nos situamos.

Por lo que respecta al positivismo lógico: sabido es que éste tomó a las relaciones lógicas (y/o a su análisis metalingüístico) como criterio epistemo-lógico de la racionalidad empírica (como criterio de contrastación empírica y de demarcación entre la ciencia y la pseudociencia); mas si pudo hacer esto fue sobre la base del supuesto tácito del carácter neutral y autónomo del significado de los términos y enunciados de observación, supuesto éste que ya es extra-lógico -extraproposicional-, relativo al acto práctico de la experiencia, y que resulta por ello indiscernible u opaco al análisis metalingüístico del que partimos. El idealismo de la práctica se nos muestra ahora como sigue: la práctica de la ciencia aparece ahora como la aplicación (metodológica) de ciertas reglas de análisis lógico. El «método» de la ciencia es, en efecto, para el neopositivismo «lógica aplicada»: ciertas reglas lógicas de procedimiento para la construcción correcta lógico-formal de los lenguajes, en el supuesto de que con ello recogemos -los datos empíricos puros o brutos (fiscalistas) que dotan de información a los lenguajes, supuesto éste que no sólo es lógicamente indiscernible (o arbitrario), sino que implica asimismo el supuesto idealista de que la práctica (el acto práctico de experiencia) se aviene, como un duplicado dócil, a la aplicación de un determinado modelo metalingüístico. Así pues, asumir la epistemología lógico-positivista involucra, inmediatamente, asumir el supuesto idealista de que la práctica de la ciencia es el resultado de aplicar el modelo metalingüístico de lenguaje diseñado por el positivismo lógico; en particular, que aplicando dicho modelo estamos ya, recogiendo sólo datos puros de experiencia.

Por lo que respecta a las nuevas perspectivas postpositivistas (de autores como Hanson, Feyerabend, Kuhn y otros); sabido es que éstas parten de una crítica al supuesto neopositivista del lenguaje neutral y autónomo de observación;

ahora bien, dicha crítica es realizada sólo mediante una formulación metalingüística, y no ya mediante argumentos extra-metalingüísticos o prácticos -como parece requerirlo el carácter extra-proposicional del mencionado supuesto-. A la postre dicha crítica nos ofrece una re-formulación metafingüística del significado de los términos presuntamente observacionales consistente en entender que dichos significados se resuelven en una red de relaciones lógicas deductivas sintéticas entre un cuerpo de enunciados legales hipotéticos o universales (como se detalla en el artículo Epistemología). Ciertamente, ahora se puede asumir que el significado de los enunciados presuntamente empíricos depende de algún contexto de presupuestos semánticos previos (sean los «paradigmas» -de Kuhn, los «núcleos metafísicos» de los programas de investigación de Lakatos; los «juegos lingüísticos» de Hanson, etc.). Sólo que, ahora, esta formulación metalingüística del significado de los enunciados presuntamente empíricos, se torna incapaz para resolver ciertos problemas (cuyo transfondo es práctico, relativo a la experiencia) a los que sin embargo conduce: en verdad, ahora toda presunta contrastación empírica se torna inviable por circular; desaparece cualquier criterio para comparar teorías, por lo que éstas han de ser vistas como inconmensurables, y a la postre es el propio carácter empírico que se presupone a los lenguajes de observación y a las teorías el que se torna indiscernible desde aquella formulación metalingüística de los significados. Dicha formulación metalingüística conduce a una peculiar situación: por una lado, ella nos lleva a percibir a la propia experiencia como acto práctico como una mera ocasión, indefinida y dócilmente moldeable por el juego lingüístico -o el paradigma de turnodel que partamos, mas, por otro lado, el que esto sea así es lo que resulta justamente indiscernible u opaco (y por ello arbitrario) para dicho análisis metalingüístico. Es, pues, el idealismo de la práctica que percibe tanto a la realidad objetiva como al manejo práctico con ella llevada a cabo por las construcciones científicas como una mera ocasión dócilmente moldeable por el paradigma lingüístico del que partamos el que queda inevitablemente asumido, a la vez que asumido como algo indiscernible, por dicha epistemología. En esta tesitura, acudir ahora, como se hace, al contexto del descubrimiento con la pretensión de dar cuenta desde aquí de lo que nuestros previos análisis metalingüísticos no resuelven, carece de toda eficacia epistemológica: consiste en una mera reduplicación del supuesto idealista de fondo (que abarca ahora a una concepción idealista de la propia sociedad) que suele tomar la forma de la apelación al «consenso», al «acuerdo de grupo», a las «decisiones de la comunidad científica», etc. Por lo que se ve, al hacer jugar a la realidad objetiva, así como al manejo práctico constructivo ejecutado con ella en el que consisten las ciencias, el «juego lingüístico» del que partamos resulta ser asunto de una «convención social». El idealismo de la práctica que conlleva la mencionada formulación metalingüística queda ahora reduplicado con la presunta «cobertura» social, cultural, histórica, etc. El componente social de los paradigmas, es, mientras no salgamos del punto de vista metalingüístico, una manera de reduplicar (pseudoe explicativamente, desde el punto de vista epistemológico) el propio idealismo de dichas formulaciones metalingüísticas que, a su vez, se extiende ahora como un idealismo del propio contexto social -al que se apela-. De nada nos sirve, en definitiva, apelar (meramente apelar), a las «decisiones del grupo» -u otro recurso semejante-, para explicar lo que nuestros análisis metafingüísticos no han explicado, mientras que no se nos explicite la interna estructura racional de esa práctica a la que se apela. Y, una vez que ya tengamos una comprensión epistemológica de dicha interna estructura racional del manejo práctico con las cosas en que consisten las construcciones científicas, es entonces cuando aquella apelación-se nos hace innecesaria, por superflua, puramente genérica, indiscriminada.

Pues bien, ambas epistemologías pueden, significativamente, ir solidarias la una de la otra, debido a su común transfondo idealista, en muchos análisis metacientíficos. Como quiera que, en efecto, ambas asumen que la práctica de la ciencia puede ser, en cada caso, el resultado de aplicar el modelo metalingüístico de ciencia por ellas asumida, bien puede entenderse que en unos casos podrá hacerse ciencia según lo pide el modelo lógico-positivista de la misma, y que en otros casos, podremos hacer ciencia según lo pide el modelo postpositivista. Y ésta es, ciertamente, la manera de ver las cosas en la que se sitúan las reflexiones metacientíficas e historiográficas de la psicología a las que antes me refería. Según dicha perspectiva, en el caso del conductivismo, éste hubiera realizado una ciencia psicológica acorde con el modelo positivista y, ahora, sabedores de las limitaciones de dicho modelo, podemos realizar una nueva ciencia psicológica desprendida de aquellas limitaciones. como si en cada caso la densa que hiciéramos dependiera (fuese el duplicado práctico) del modelo metacientífico o filosófico de densa que tuviésemos (que es lo que justamente anida, como transfondo idealista, en ambas epistemologías analíticas o metalingüísticas antes consideradas).

Significativamente, la caracterización que se nos ofrece tanto de las realizaciones psicológicas del conductivismo como del cognitivismo de las versiones metadentificas mencioitadas reproduce la propia pauta que en cada caso pide bien la epistemología neopositivista, bien la postpositivista, para hacer la ciencia. En el caso del conductivismo, lo que éste hubiera hecho es partir del método científico neopositivista (tal como pide dicha epistemología) e imponer ciertas restricciones a su objeto de conocimiento: un rasante fiscalista que elimina los fenómenos mentales. En el caso del nuevo «paradigma» cognitivo, éste se desarrollaría tal como pide o consiente la nueva teoría de los paradigmas: sabedores ahora de que el «método» de la ciencia se ha vuelto mucho más flexible (tan flexible, en verdad, que, como se ha dicho, la nueva perspectiva carece de todo criterio de contrastación y comparación entre teorías), podemos, en vez de partir de un modelo estrecho de método, partir de presupuestos o enfoques teóricos más amplios (en realidad, tan amplios como se quiera), que ya- no recorten el objeto de estudio por un rasante fiscalista y que den cabida a las propiedades que suponemos (por lo demás, de antemano, al parecer) que contienen a las situaciones psicológicas: los fenómenos mentales, al carácter activo del sujeto de conducta y otras propiedades que, por lo que se ve, fueron cercenadas por el conductivismo.

Se nos ofrece de este modo una mera crítica interfilosófica (diríamos, intertextual), cuyo error (filosófico, precisamente, e idealista) consiste, antes que nada, en limitarse a recoger las representaciones filosóficas que sin duda acompañen a las

prácticas científicas (en el supuesto de que éstas reduplican dócilmente a aquéllas), en vez de atenerse a lo que puede que sea el caso muy distinto de las efectivas construcciones científicas.

Para salir de este peculiar «juego -ideológico- de espejos», es menester adoptar una concepción no metalingüística -o analíticamente la ciencia que percibe a ésta como consistiendo, antes que en meros discursos que hablan de las cosas, en una efectiva intervención práctica y manipulativa ejecutada con las cosas mismas corpóreas que nos ofrece el propio funcionamiento que dicha intervención da de dichas cosas, tanto como el que éstas imponen a dicha intervención. De este modo, puede tomarse el análisis epistemológico de dicho funcionamiento como rasante, o argumento práctico, desde el que evaluar críticamente las propias autorrepresentaciones filosóficas que acompañan a las prácticas científicas.

Parece, pues, menester distinguir entre lo que podemos llamar el programa filosófico conductista (que incluye ciertas representaciones metodológicas acerca de cómo debe hacerse la psicología, y algunos supuestos teóricos o heurísticos acerca de su campo de conocimiento) de la práctica científica constructiva puesta en juego por los psicólogos conductistas, al objeto de percibir los grados de adecuación y de posible encubrimiento (falseamiento) entre ambos planos: el del ejercicio de la razón científica y el de su representación.

Por lo que respecta al programa filosófico, se ha de señalar que, en efecto, los conductistas incorporaron un modelo metodológico de factura positivista para hacer ciencia (si bien, desde luego, con distintas modulaciones: Watson y los conductistas clásicos asumieron un modelo positivista pre-positivista lógico, antes de la llegada de esta epistemología a los Estados Unidos; los conductistas de la segunda generación o neo-conductistas -Hull, Spence, Guthrie, Tolman, Boring, Stevens, etc.- asumieron la más refinada epistemología lógico-positivista; y Skinner, por cierto, que forma parte de la misma generación, no asumió en ningún momento el positivismo lógico, sino una perspectiva positivista determinada por contenidos pragmáticos que neutralizaban el sentido idealista que suele acompañar siempre a la filosofía positivista). Al asumir un modelo metodológico de factura positivista, acoplaron por ello, inmediatamente, el supuesto idealista positivista de que la ciencia podía hacerse a partir de la aplicación del método de la misma (de su modelo positivista de método). Los conductistas, fueron, en efecto, filosóficamente idealistas (menos Skinner, que jamás adoptó semejante suposición). Si ello es así, y no aceptamos el idealismo resultante del confinamiento metalingüístico de la epistemología, hemos de convenir en que si los conductistas no hicieron en verdad otra cosa más que aplicar el modelo positivista de ciencia, entonces todo lo que hicieron es propaganda de una epistemología incorrecta; mas si aceptamos que, en su trabajo psicológico (experimental) hicieron algo más y lo distinto, entonces es ese algo más el que no queda percibido por sus propios presupuestos sistemológicos y el que pide un análisis epistemológico independiente de factura no metalingüística.

En lo tocante a los presupuestos heurísticos conductistas, la cuestión es que, si bien algunos de ellos derivaban sobre todo de los prejuicios metodológicos señalados, otros resultaban más bien de la propia práctica científica. Nos es, pues, necesario discriminar entre unos y otros y detectar sus formas de adecuación y de encubrimiento con respecto a dicha práctica.

En términos generales, puede decirse que el conductismo como conjunto de supuestos heurísticos, asumió las siguientes características relativas a su campo de conocimiento (si bien, desde luego, moduladas de diversas formas por cada conductista o grupo de ellos): en primer lugar, sin duda, el prejuicio fiscalista. Todos ellos entendieron que el «método» de la ciencia empírica pedía atenerse a los datos de lo que ya Wundt había denominado como la «experiencia mediata» (o la «experiencia independiente» de Titchener), desentendiéndose de la «experiencia inmediata» de Wundt (o la «experiencia dependiente» de Titchener), o regresando a un uso ingenuo y no reflexivo de la misma como transfondo dador de datos para todas las ciencias, de la que éstas, en cuanto que conocimientos empíricos, no debían preocuparse. Así pues, se supuso que los datos de la psicología, como los de cualquier otra ciencia empírica, consistían en procesos y/o entidades físicas y relaciones físicas entre ellos. Se eliminaba (se pretendía, en el plano representacional), de este modo, en efecto, el aspecto experiencial (subjetivo) de la experiencia y se pedía atenerse a los datos de la experiencia empírica. Este argumento puede encontrarse sistemáticamente repetido en las reflexiones metodológicas de no pocos conductistas -por ejemplo, en Watson, 1913; Spence, 1984; Boring, 1933; Pratt, 1939; Stevens, 1935, entre otros-. Por tomar una muestra: nos decía Watson al respecto: «la psicología puede hacer caso omiso de la conciencia en sentido psicológico. Sobre la base de este supuesto, la observación de los «estados de conciencia» es tan poca tarea del psicólogo como lo es del físico. Podemos llamar a esta postura el regreso a un uso no reflexivo e ingenuo de la conciencia. En este sentido puede decirse que la conciencia es el instrumento [...] con el que trabajan todos los científicos» (Watson, 1913, p. 176). En segundo lugar, se asumió una concepción más o menos marcadamente asociacionista (elementalista-compositivista) de la conducta, según la cual ésta consistiría en cadenas descomponibles en unidades físicas discretas de estímulos y respuestas correotadas por nexos físicos. Dicha concepción fue tomada, como decía, de manera más o menos explícita y marcada según los casos: aparece, por ejemplo, con una cierta ambigüedad en Watson, reaparece neta y explícitamente en el modelo contiguista de Guthrie, así como en los modelos explicativos de factura fisiologista de Hull y Spence, no está en ningún momento explicitada en Skinner, y aparece explícitamente rechazada en Tolman. Las razones de estas oscilaciones son muy significativas, y más adelante daremos cuenta de ellas. En tercer lugar, los conductistas optaron por un modelo periferalista de conducta, que tendía a desentenderse de las posibles funciones regulativas del sistema nervioso central y a percibir a la conducta como ocurriendo en la periferia muscular efectora del organismo. Y, en cuarto y último lugar, asumióse un principio netamente ambientalista, que, en términos teóricos, entiende que la conducta viene determinada funcionalmente por las situaciones ambientales, y que en términos metodológicos pide que el análisis funcional y experimental de la conducta anteponga

siempre la manipulación de las variables ambientales (o independientes) en cuya función se modifican, y por ello analizan, las variables de conducta o variables dependientes.

Pues bien, podemos ahora esbozar el formato epistemológico que tuvo el trabajo real experimental llevado a cabo por los conductistas. Para ello, nos será imprescindible elaborar mínimamente algunos conceptos epistemológicos. Veamos. Consideramos que el campo de la psicología científica consiste -como el de cualquier otra ciencia- en un campo material de términos y relaciones internamente entrelazados a partir de la actividad constructiva operatoria de los sujetos epistémicos. Éstos son, pues, antes que nada, sujetos operatorios, esto es, sujetos que ejecutan determinadas operaciones sobre los términos fiscalistas del campo estableciendo relaciones entre dichos términos mediante las que se despliega la construcción científica. A su vez, el carácter efectivamente operatorio (y por ello subjetivo) de dicha actividad reside en la presencia fenoménica de las cosas que están siendo operadas, desde la cual dimensión fenoménica se despliega el curso de las operaciones como actividad de un sujeto. Y si, a su vez, hemos de caracterizar en unos términos epistemológicos mínimamente precisos dicha presencia fenoménica (en términos psicológicos, ese trasfondo experiencial desde el que se nos muestran las cosas y desde el que operamos sobre ellas), diremos que dicha presencia consiste en la co-presencia a distancia de lo que está fiscalistamente distante: repárese, en efecto, en que toda operación puede ser descompuesta, sin perjuicio de su complejidad, como a sus elementos últimos, en las operaciones de aproximar y separar términos fiscalistas, de tal modo que la operación de aproximar involucra, en cuanto que operación o actividad subjetiva, como trasfondo experiencia], la co-presencia de relaciones a distancia entre los términos que están siendo separados, a la vez, que, diríamos, la separación constituye el desarrollo de dicha copresencia a distancia. Los fenómenos consisten, pues, en co-presencias a distancia, de tal suerte que, cuando una actividad es desplegada (organizada, regulada) desde dicho plano de las co-presencias a distancia entre las cosas operadas, dicha actividad es efectivamente operatoria.

Pues bien, todas las ciencias r?ten de la actividad operatoria del sujeto epistémico desplegada sobre sus fenómenos; sólo que mientras que algunas de ellas (las fisiconaturales) resuelven constructivamente las relaciones entre sus términos mediante nexos físico-contiguos (en donde queda eliminado o neutralizado por ello, entre sus resultados, el plano fenoménico y operatorio del sujeto epistémico que las construye), otras ciencias sólo encuentran materialmente viable su construcción cuando las relaciones establecidas entre sus términos se mantienen al mismo plano (fenoménico) desde el que el sujeto epistémico percibe y ópera sobre esos términos: el plano de los nexos a distancia.

Desde luego, si dichas ciencias sólo encuentran prácticamente viable su construcción a condición de mantener las relaciones establecidas entre sus términos como relaciones a distancia, ello quiere decir que entre los términos de sus campos hay al menos algunos que, por su parte, son asimismo operadores: términos o entidades que por su parte intervienen o actúan sobre ciertos objetos físicos regulando su actividad desde la presencia fenoménica de dichos objetos, o sea, al mismo plano desde el que esos mismos objetos son percibidos y operados por el sujeto epistémico. Y éste es, de un modo eminente, el caso de la Psicología.

Se comprende, entonces, el formato epistemológico que, en la práctica, sigue un diseño experimental psicológico: trátase de tomar a ciertas piezas físicas decisivas del medio ambiente experimental diseñado como virtuales resultados de la conducta de los sujetos experimentales, de tal modo que es manipulando dichas piezas sin desprendernos en ningún momento del plano fenoménico desde el que, como sujetos epistémicos, las percibimos y operamos sobre ellas, como logramos implantar experimentalmente (y por ello reconstruir explicativamente) la pauta de conducta del sujeto experimental que por su parte conduce a dicho resultado. Lo que en términos epistemológicos hemos caracterizado como fenómenos puede ser entendido ahora como objetos distales, y el carácter operatorio que hacíamos residir en la dimensión fenoménica desde la que se organizan y despliegan las operaciones puede ser entendido ahora como el perfil efectivamente conductual de las actividades musculares reguladas por la presencia distal de los objetos. Dichos objetos son los resultados virtuales que experimentalmente diseñamos, y que, característicamente, fueron construidos en los experimentos psicológicos clásicos, bien como «logros» -de la actividad muscular manipulativa: apretar una palanca, picotear una tecla, apretar un pedal, tirar de una cuerda-, bien como «lugares» por los que tendría que desplazarse la actividad muscular locomotriz: los lugares de los laberintos. El trabajo psicológico consiste, pues, en tallar o implantar experimentalmente una pauta de conducta que conduce con éxito a un resultado (un logro, un lugar), a partir de la manipulación sistemática de esas mismas piezas ambientales tomadas siempre como estímulos u objetos distales para el organismo, esto es, manejadas a la propia escala fenoménica desde la que nosotros percibimos y operamos sobre ellas. Este manejo de las situaciones ambientales distales es el manejo de las llamadas variables independientes mediante el cual manipulamos las propias experiencias de los organismos experimentales a través de las que se organizan -aprenden- sus conductas. Todo experimento psicológico consiste, pues, en implantar experimentalmente (y por ello reconstruir explicativamente) el proceso de aprendizaje de alguna pauta de conducta mediante el mencionado manejo de las variables ambientales independientes distales, de suerte que la pauta de conducta que de hecho «tallamos» es siempre molar -que no «molecular»- en virtud de su interna organización distal, que no «proximal».

Como lo viera E. Brunswick con suma lucidez (entre otros lugares, en su trabajo de 1952 *The Conceptual Framework of Psychology*): en todo acto de conducta está siempre presente una variable multiplicidad de reflejos neurofisiológicos, o sea, de cadenas de unidades físicas discretas conectables por nexos proximales (físico-contiguos); sin perjuicio de lo cual, es el caso que estas diversas cadenas reflejas fisiológicas resultan ser mutuamente intersustituibles o equivalentes por lo que respecta al objeto distal al que (conduotualmente) conducen (o al «foco terminal», como lo llamara asimismo Brunswick). Es, pues, esta equifinalidad con respecto a un foco distal lo que hace que la pauta de conducta sea, de hecho, en la práctica experimental, siempre identificable o construible como pauta molar, y no ya en términos de reacciones fisiológicas proximalmente conectadas con estímulos físicos.

Así pues, no se trata de ninguna «opción paradigmática» (resultado de acuerdos sociales o algo por el estilo): se trata de trabajar o no en donde es objetivo-epistémicamente viable, práctico-materialmente posible: la psicología sólo es viable en el plano de las conductas molares distalmente organizadas.

Y éste fue, sin duda, el plano en que trabajaron todos los conductistas. Más aún, el período conductista del desarrollo de la psicología científica constituye el momento histórico donde cristaliza y se desarrolla imparablemente el propio campo científico psicológico como un campo de la construcción de las conductas y de sus aprendizajes. A diferencia de la concepción rupturista puesta en boga por la teoría de los paradigmas, entendemos que el trabajo experimental conductista prolonga el trabajo de los psicólogos funcionalistas norteamericanos, lugar éste en el que, precisamente, debe darse la confluencia de ciertos fragmentos de construcción psicológica que, diríamos, andaban dispersos de la mano de diversas tradiciones de trabajo. El trabajo experimental de los funcionalistas (de Small, Angel, Thorndike, el propio Watson) prolonga las aportaciones que (siquiera en un plano protoexperimental) estaban ya presentes en la psicología animal comparada británica de finales del siglo pasado y principios de éste, e incorpora a dicha tradición los trabajos experimentales sobre la conciencia (o la experiencia) de la tradición estructuralista de Wundt y Titchener, creando con ello las condiciones para que cuaje el formato epistemológico de la construcción de los aprendizajes de las conductas en torno a la que se organiza el campo de la psicología científica, y cuyo desarrollo sistemático corrió a cargo del conductismo.

En efecto (y por esbozarlo brevisísimamente): los trabajos estructuralistas (de Wundt y Titchener) así como prácticamente toda la psicofísica del siglo XIX nos ofrecen el siguiente perfil epistemológico: trátase de operar sobre variables fisicalistas (de estímulo, y también sobre ciertos correlatos fisiológicos) y de recurrir a la introspección (entrenada) de sus sujetos experimentales para identificar o establecer las cualidades de la respuesta sensorial (o experiencial) en torno a las que quedan fijadas determinadas franjas de valores fisicalistas de estímulo. La introspección es aquí imprescindible como mediación para correlacionar los diversos valores o parámetros fisicalistas de estímulo. Trátase, pues, de establecer relaciones (que ya no son físicocontiguas, sino experienciales) entre piezas fisicalistas (entre diversos valores de estimulación fisicalista) mediante el registro introspectivo de los sujetos experimentales.

Pues bien, lo que el funcionalismo hizo es incorporar estas situaciones experienciales trabajadas por la psicología estructuralista y la psicofísica, a la construcción experimental de las conductas y los aprendizajes. Significativamente, la tradición de la psicología animal comparada (y de un modo históricamente decisivo, L.L. Morgan en su *Habit and instinct*, de 1986) ya había destacado, precisamente, a las experiencias individuales de los organismos como la clave de la adquisición de los hábitos (del aprendizaje) y, por ello, de la diferenciación entre las actividades innatas y aquéllas que, en cuanto que aprendidas- en virtud de la experiencia, consistían ya en lo que el desarrollo experimental de la psicología identificaría como conductas. Lo que el trabajo experimental funcionalista hace, ahora, es tomar a esas experiencias (sobre las que trabaja el estructuralismo) como los objetos o resultados distales de la conducta, mediante cuya manipulación experimental reconstruimos y explicamos la propia génesis o aprendizaje de dichas conductas. Y es de este modo como se incorpora el trabajo experimental sobre las experiencias (sobre las que trabaja aisladamente el estructuralismo y la psicofísica) al curso, ya en marcha a partir de la psicología animal comparada, de la construcción científica de las conductas y los aprendizajes. Así pues, el pedal que tienen que pisar los gatos de Thorndike o la cuerda de la que deben tirar para salir de una caja, o los lugares por los que tienen que pasar las ratas de Angell, Small o Watson no son «caprichos» paradigmáticos («opciones social-») ---un empeño por trabajar con animales y rnl<inados artefactos-: son las piezas distúes que ocupan ahora el lugar de las experietcias de la psicología entruccuralista y de la' psicofísica; con lo que, precisamente, el acopo de la psicología se enriquece (además &..eiostrarnos su interna coherencia mate~ a,l margen de representraciones paradig): pues lo que ahora se hace es tomar al" eventos mentales en cuanto que deter nifuncionales de la conducta (o sea, jtrlltte,lo que son). Con ello ha cuajado la eplstemológica del campo de la psicoiqdesarTollará el conductismo. Signi le, en los trabajos funcionalistas SO acudir a la introspección. Y i~Vrhcipahnente, porque se trabaje •kque obviamente no nos ofrei'mles introspectivos), sinoporque contamos ahora l' equivalente funcional experimental: de conducta que quedan estabiliza.t ,?ces celo a sus resultados distales que mismos manejamos experimental 0,5 organismos «hablan» ahora con sM cónduetas. Ahora bien, sí es posible prescindir de la introspección de los sujetos experimentales, es en virtud de que podemos llamar la presencia ejercitada del propio sujeto epistémico que construye el campo, esto es, de la presencia del plano distal o fenoménico desde la que el sujeto epistémico maneja en todo momento las variables ambientales y por ello identifica experimentalmente las pautas de conducta de sus sujetos « objetivos».

Así pues, Watson y los demás conductistas llevaban razón cuando nos pedían que la psicología se atuviese a los datos de la experiencia mediata wundtiana, en el sentido de que en verdad toda ciencia opera sobre los materiales corpóreos circundantes al sujeto epistémico (y no mediante la introspección); se equivocaron, sin embargo, al no percatarse del hecho de que el sujeto epistémico mantiene, en todo momento, en su relación interconductual con los demás sujetos (humanos o no) -con esas entidades corpóreas que son los organismos vivos- el plano de los nexos a distancia en virtud de los que se mantiene la propia relación interconductual (que reconstruyen los experimentos psicológicos, de los conductistas entre otros). Como hemos visto, Watson nos pedía regresar a un uso irreflexivo e ingenuo de la conciencia (epistémica precisamente); y lleva, sin duda, razón, Watson en el sentido de que al psicólogo, en cuanto tal científico, no tiene por qué hacerse cargo de las cuestiones epistemológicas: del funcionamiento efectivo, justamente, del sujeto epistémico, que se mantiene, con independencia de que el psicólogo se haga o no cargo de él y de las posibles representaciones al respecto. Por ello los conductistas se equivocan al representarse su trabajo experimental en términos fisicalistas y elementalistas compositivos: pues ni un solo experimento psicológico puede hacerse en este plano

(en donde laboran las construcciones fisiológicas), y fueron los conductistas precisamente quienes desarrollaron sistemáticamente el campo de la conducta y su aprendizaje.

Por lo que respecta a los dos restantes tópicos de la filosofía conductista (el periferialismo y el ambientalismo), se ha de decir que la cuestión es ahora diferente. El periferialismo constituye una manera, ciertamente poco fina conceptualmente, de representarse significativamente el plano efectivo donde de hecho toman cuerpo las construcciones psicológicas, que es el plano distal. En este sentido, las demandas -tan frecuentes- de recuperar variables «centrales» para la psicología están afectadas de un equívoco fatal: pues si el «centro» que se reivindica es un centro fisiológico (neurológico) -el único que tiene sentido-, entonces, o bien hacemos real neurología, se nos difumina entonces por completo la escala de las construcciones psicológicas; la cual se recupera, precisamente, cuando nos alejamos de los centros neurológicos y vamos recuperando la periferia efectora y receptora del organismo: pues es aquí, precisamente, en torno a la actividad efectora de la musculatura de relación del organismo donde se organiza la conducta regulada por el objeto distal (justamente por el objeto percibido por los telereceptores). Incluso, por cierto, los reflejos condicionados emitidos por efectores musculares o glandulares distintos de la musculatura de relación quedan condicionados a estímulos discriminativos, o sea, distales, y son, por ello, piezas de construcción psicológica. Así pues, centrarse en la conducta no es, de nuevo, el resultado de ninguna «opción paradigmática» (superable, por ejemplo, mediante la «opción» de centrarse en la mente); pues la conducta, o sea, la actividad efectorial muscular (y glandular) de relación con las situaciones del medio regulada por la presencia distal de dichas situaciones, constituye el corazón mismo donde se organiza (donde se aprende) toda la vida psicológica (todas las representaciones cognitivas). Por ello, el llamado modelo de «caja negra» (tal y como Skinner se lo ha representado y lo ha ejercitado), que abstrae los nexos físico-contiguos neurofisiológicos, lejos de ser -como tantos ingenuamente piensan- un episodio a superar por la psicología, constituye la más adecuada representación de lo que es el caso de las construcciones psicológicas. Y por ello, asimismo, las variables intervinientes a las que acudieron algunos neoconductistas, lejos de ser (como también no es infrecuente interpretar) una especie de «remedio» para paliar las limitaciones fisicalistas del método conductista, constituyen una mala representación metodológica del curso mismo que de hecho sigue todo análisis experimental de la conducta; pues lo «mental» o lo «interno» que se pretende recuperar con semejantes variables está ya en el objeto distal que se manipula como variable independiente; de suerte que, una vez que tenemos ya construida (y por ello analizada) una conducta mediante el solo y directo manejo de las variables independientes (distales), toda apelación a las variables intervinientes se nos hace necesaria (como lo viera con toda lucidez, Skinner -por ejemplo, en Skinner, 1950, entre otros lugares de su obra).

Se comprende, entonces, por último, que el principio del ambientalismo constituya la más adecuada representación a la realidad y efectividad de las construcciones psicológicas. Dicho principio significa la condición metodológica básica que hace en la práctica viable cualquier construcción psicológica. Y decimos «metodológica» no el sentido, por descontado, de «reglas proposicionales de procedimiento», sino en cuanto que reglas de procedimiento para la intervención que es objetivamente viable. La psicología sólo puede analizar experimentalmente las conductas en la medida misma en que las implanta y por ello las modifica experimentalmente, y es por ello por lo que re-construye explicativamente su proceso de aprendizaje. Y ello sólo puede realizarse cuando la construcción viene presidida en todo momento por la manipulación de las variables ambientales independientes, manipulación que equivale, como se ha visto, a la de las propias experiencias del sujeto experimental a partir de las que aprende y/o modifica su conducta. Ello quiere decir, sin duda, que todo innatismo psicológico (de la mente y de la conducta) queda de hecho segregado por el campo de las construcciones psicológicas.

En definitiva, podríamos terminar señalando que, habida cuenta del carácter polifacético y plural del programa filosófico conductista, así como en virtud de los diversos grados de encubrimiento y de adecuación de dicho programa con respecto a la práctica de la psicología científica, acaso lo mejor fuera prescindir en adelante del rótulo «conductismo» para caracterizar al trabajo de la psicología científica, si es que -eso sí- se ha llegado a percibir en qué sentido la psicología no puede dejar de ser conductista (como psicología experimental de la conducta y/o de su aprendizaje), a la vez que se percibe que esta ciencia no necesita, en la práctica, comprometerse con los supuestos fisicalistas y elementalistas. Puede que de este modo, lograsen evitarse no pocas polémicas más bien banales (puramente metalingüísticas) que no son infrecuentes en los medios psicológicos.

Bibliografía

- BORING, E.G., The physical dimensions of consciousness, 1933.
BRUNSWICK, E., «The conceptual framework of psychology», Inter. Enciclop. Unified Science, 1952.
MORGAN, LL., Habit and instint, 1986.
PRATT, C.C., The logic of modern psychology, 1939.
SKINNER, B.F., «Are theories of learning necessary? », Psychol. Rev., 1950.
SPENCE, K., « Postulates and methods of behaviourism », Psychol. Rev., 1948.
STEVENS, S.S., «Psychology and science of science», Psychol. Buf., 1939.
WATSONN, J.B., «Psychology as the behaviorist views it», Psychol. Rev. 1913.